

En tanto los almohades de África que habían entrado en Andalucía, estaban ya sobre Sevilla; y los almoravides, acaudillados por Abu-Zakarya-Yahyah ben-Ganya, peleaban denodadamente por la conquista de Córdoba, próxima á hacerles entrega de sus llaves. Alfonso, apenas hubo entrado en Baeza y purificado la mezquita, que convirtió en templo, se dirigió al campamento de sus aliados, estrechó el cerco de Córdoba, contribuyó á rendirla, y entró en ella á despecho de Abu-Zakarya, pudiendo difícilmente contener á sus soldados, que ataron sus caballos en la grande Aljama y profanaron con sus manos el libro santo de Otmán, Corán precioso traído de la Siria que los califas solían llevar abierto en medio del estruendo y confusión de las batallas. Era su intento apoderarse exclusivamente de Córdoba, donde permaneció durante algunos días; mas no se lo permitieron los triunfos de los almohades, cuya

Veis cuál irá el Patron dando esperanza  
 Á los cristianos, y por los airados  
 Moros rompe á caballo, desbarata,  
 Pasa, derriba, espanta, hiere y mata.

Resplandecerá el rostro y los vestidos  
 En lugar de la túnica acerada,  
 Como aquí veis, y dejará vencidos  
 Á los soberbios moros con la espada:  
 Y siendo infinidad dellos perdidos,  
 Y la tierra de muertos ocupada,  
 La dudosa vitoria irá ganando,  
 Quedando de Baeza el rey triunfando.

Y por memoria de la hazaña honrosa,  
 No menos que el provecho de tal día,  
 El rey y su cuadrilla valerosa  
 Ventrán á instituir la cofradía  
 De San Isidro; y luego con curiosa  
 Obra como el Patron resplandecía,  
 Al tiempo que le habló y vino á ayudallo  
 En un rico pendon hará pintallo.

Aluden estos dos últimos versos á que, según los cronistas, el Emperador hizo bordar en su estandarte á San Isidoro en la misma forma que le vió pelear en el ejército cristiano. Quedó el emperador desde la toma de esta ciudad muy afecto al Santo: tomó por remate de su pendón la cruz arzobispal del mismo, la dió por armas á Baeza, y al volver á León hizo consagrar en honra de él una iglesia con asistencia de todos los prelados y señores de su reino.

entrada en Sevilla fué á poner en alarma á los cristianos y á los almoravides. Al recibir éstos la fatal nueva se reunieron en consejo; y haciéndose cargo de lo difícil de su situación, creyó cada cual deber pasar á su reino en busca de nuevas tropas. Tuvo que ceder cada caudillo de sus pretensiones, y Alfonso debió contentarse con retener á Baeza, más fácil de guardar que Córdoba por estar más cercana á las fronteras del reino de Castilla.

Regresó Alfonso á Toledo con ánimo de volver pronto á Andalucía para pelear con los almohades; pero no fué ya este el principal motivo que le indujo á tomar las armas y atravesar Sierra Morena. Almería era entonces una ciudad de piratas que estaba infestando de continuo las aguas del Mediterráneo: salían de ella los más temidos corsarios, y no estaban seguras de sus imprevistas irrupciones ni aun las más apartadas costas de Italia. Las playas españolas, sobre todo las sujetas al poder de los cristianos, eran muy á menudo invadidas y taladas con grande estrago y pérdida de hombres, vendidos generalmente como esclavos; los pueblos marítimos vivían en perpetua zozobra, no pudiendo soltar ni de noche la espada sin temor de amanecer reducidos al más duro cautiverio; el intrépido navegante que se atrevía á arrostrar la cólera de los mares y el furor de las borrascas, temblaba al pasar junto á nuestro continente, receloso de ver de un momento á otro sobre sí el hierro de esos bandidos que no dudaban entrar al abordaje buques de alto porte. Alfonso, deseando poner coto á tantos males, se propuso avasallar la ciudad de donde procedían, y fué principalmente este deseo el que le llevó segunda vez á Andalucía. Viéndose para su empresa escaso de marina, había diputado de antemano al obispo de Astorga D. Arnaldo para que le procurase el favor del duque de Montpeller, el del conde de Barcelona y el de las repúblicas de Pisa y Génova, temidas á la sazón por sus escuadras; y seguro al salir de Toledo de la ayuda de unos y otros, no vaciló en dejarse caer de pronto sobre Almería.

Llevaba tras sí una hueste esclarecida y poderosa, acaudillada por los mejores guerreros de su siglo; llevaba tras sí á Don García, rey de Navarra, al conde de Urgel D. Armengol, á D. Fernando Juanes de Galicia, á D. Ramiro Flórez Frolaz de León, á D. Pedro Alfónsez de Asturias, al conde Ponce y á D. Fernando Ibáñez de Extremadura, á D. Martín Fernández de Guadalajara, á D. Gutierre Fernández de Castro y á Don Manrique de Lara de Castilla la Vieja, y á D. Alvaro Rodríguez, por fin, de la provincia de Toledo. Cada uno de estos caudillos gobernaba las tropas de su lugar, que formaban juntas un ejército considerable.

Con tan gran número de lanzas apenas halló Alfonso quien se opusiera á su marcha. Tomó al paso Baños y Baeza, que estaba otra vez en poder de moros, tomó á Cazlona, y se presentó dentro de corto tiempo enfrente de Almería, cuyas aguas estaba surcando ya la armada de los aliados. La vista de tantos enemigos por mar y por tierra no pudo menos de turbar y amedrentar la ciudad que los contemplaba, según los cronistas árabes, cubriendo cerros y vegas, agotando fuentes, arroyos y prados, y haciendo estremecer y resonar todas las lomas de los alrededores; no fué tanta su turbación que no considerase cuán fácil le era aún defenderse por mucho tiempo desde los bien enlazados y torreados y almenados muros de su vasta fortaleza. Se le puso rigoroso bloqueo, se le dieron asaltos furibundos, se la combatió con todo género de armas y aparatos de guerra, se le desmoronó sus torreones y murallas, se la desmanteló por mar, se la atormentó y destruyó por tierra; pero bien pertrechada y llena de valor, resistió por más de dos meses sacrificando ante las aras de su libertad millares de soldados. Era su vecindario numeroso y propio para las fatigas militares, y no temía á los enemigos ni por la cantidad ni por el denuedo. Aceptaba toda clase de retos, provocaba refriegas, se batía como un león y se hacía respetar y temer hasta después de su derrota. Mas debió sucumbir, por fin, á los esfuerzos de tantos

príncipes reunidos. Escasa ya de vituallas, abiertos sus muros y mermada por cien combates, hubo de inclinar la cabeza ante el Emperador, pidiéndole humildemente, no ya la libertad, sino la vida.

Entró Alfonso en la ciudad setenta y ocho días después de haber acampado en la serranía inmediata, seguido del brillante cortejo de todos sus aliados. Grande fué el número de los árabes que redujo á la esclavitud; pero mucho mayor el de los tesoros que halló y distribuyó como botín de la campaña entre los genoveses, los pisanos, el rey de Navarra, el conde de Barcelona, el duque de Montpeller y sus más leales castellanos. Se despidió luégo de los aliados satisfecho de tan gran victoria, y regresó á su reino dejando en la ciudad las tropas necesarias para su defensa.

Produjo la toma de Almería viva sensación en estas provincias de Granada; pero no pudo mejorar la situación de los almoravides. Abu-Zacarya-ben-Ganya seguía aún en Andalucía recorriendo campos, sojuzgando pueblos y procurando conquistar los ánimos de los cadíes rebeldes con dejarlos en sus puestos; pero ni surtían siempre efecto sus deseos, ni bastaban sus esfuerzos ni su constancia á detener los pasos de los almohades, que iban adelantando incesantemente. Kasem-ben-Edris, á quien confirmó en el gobierno de Ronda, fué arrojado de esta á viva fuerza por el alcaide de Arcos, que le atacó movido sólo por la ambición y el odio; los almohades, contra quienes tenía siempre dispuestas sus armas y las de los cristianos, lejos de retroceder un punto de su empresa, fueron á desafiar su poder en la misma ciudad de Córdoba, tomada por capitulación de su walí Yahyah-ben-Aischa. De nada le sirvió su carácter esforzado; sus sentimientos apenas encontraron eco en parte alguna, y se vió solo, enteramente solo, contra el poder de sectarios que estaban ya mirando el África á sus plantas. Acudió de nuevo á Alfonso; pero éste se contentó con mandarle un corto número de caballos: llamó á sí á Yahyah,

el vencido en Córdoba; mas éste no le sirvió sino para desalentar su ejército, al cual encarecía de ordinario el denuedo y la destreza de los almohades. A pesar de verse aislado y perdido, quiso echar el resto de su valor en su propia salvación y en holocausto al honor ya mancillado de su pueblo. Airado al ver la villanía de Yahyah, tiró del alfange y le cortó la cabeza de una cuchillada, exclamando: «esto debía haber hecho antes de encargarte la defensa de mi ciudad de Córdoba.» Trabajó luego en Jaén varias escaramuzas, y apenas supo que los almohades estaban cubriendo con innumerables tropas la Vega de Granada, se arrojó sobre ellos trabando una refriega en que, después de hechos heroicos, salió con las armas rotas, el cuerpo abierto á lanzadas y la muerte en lo profundo de su pecho. Había sido siempre denodado, y lo fué hasta en sus últimos momentos: murió al fin sobre el campo de batalla el que se atrevió á combatir en Fraga con aquel tremendo batallador, llamado Alfonso, muerto en aquella misma jornada para honra perpetua de este Abu-ben-Ganya. No sin razón fué llorado por los almoravides como el postrero de los suyos: después de haber caído en manos de los almohades, el príncipe Aly á quien servía no tuvo otro recurso que guarecerse en Almuñecar, donde murió envenenado mientras ocupaban sus tropas las fortalezas cuyo pié bañan las aguas del Mediterráneo. Feneció con este Abu-Zakarya la causa de los almoravides.

Libres de ellos los almohades podían indudablemente proseguir con mayor rapidez la conquista; pero no dejaban de encontrar aún graves obstáculos. El espíritu de independencia encarnado en los jefes árabes, los rápidos adelantos de los reyes cristianos, acostumbrados á luchar en el mismo corazón de Andalucía, y sobre todo la voluntad poco decidida que de invadir á España abrigaba aún el emir africano Abdelmumen, á quien dístrafía el deseo de sujetar otras regiones, les hicieron tropezar todavía con dificultades, sólo superadas cuando pudieron dejar caer sobre la Península todas las tropas de su

vasto imperio. Tomaron en el mismo año de la muerte de Ebn-Ganya la ciudad de Jaén; pero tardaron poco en ver sitiada la de Córdoba por el emperador Alfonso, que la dió repetidos asaltos, taló la campiña, quemó las aldeas, y la puso en tal aprieto, que los árabes andaluces mandaron al emir una embajada de más de quinientos caudillos pidiéndole encarecidamente que socorriese la capital del islamismo (1). Dirigiéronse luego contra Almería con grande ejército y un sin número de naves; la sitiaron; levantaron en torno de ella un murallón que, según los mismos árabes, sólo podía abrir paso á las águilas; pusieron todo su ahínco en conquistarla, y no pudieron, sin embargo, conseguirlo sino después de grandes fatigas y después de haber muerto el emperador Alfonso, que pocos días antes de su fallecimiento los derrotó en una de las jornadas más sangrientas. Los cercados al ver sobre sí tanto enemigo llamaron en su favor las armas de Castilla; y este príncipe no sólo les socorrió mandándoles sus más bravos capitanes, sino que viendo que éstos no bastaban para levantar el sitio y los almohades iban aumentando el número de sus tropas, bajó precipitadamente á la ciudad con su hijo D. Sancho y los primeros magnates y prelados de su imperio, desnudó la espada y combatió tan esforzadamente contra los infieles, que los obligó en breve á abandonarle el campo de batalla. ¿Podía durar mucho el sitio después de esta derrota? Enfermó el emperador, sintió cerca de

(1) Abu-Djafar, después de haber hablado los embajadores, dijo á Abdelmumen: la capital de España, centro del musulmanismo, se halla sitiada y asaltada por el tirano Aladfun; ¡á quien Dios anonade! Talada horrorosamente está su campiña y quemadas sus aldeas con incesantes correrías. Si te avienes, Señor, á que Córdoba se pierda, quedarán desalentados aquellos musulmanes que con tan gran tesón la están defendiendo. Tienen todos la esperanza de que has de acudir en su auxilio arrojando de sus alrededores á los enemigos del Islam; están todos levantando sus ojos hacia ti como á una cumbre que ha de ampararles y resguardarles: no burles tan grandiosas y fundadas esperanzas. Abu-Djafar era entonces secretario de Estado de Abdelmumen; y como acababa de ser apeado del gobierno de Córdoba, pudo hablar de esta con interés y conocimiento de causa. Otro tanto vino á decir Abu-Bekr, y oídas las razones de entrambos, contestó con agrado el emir, les ofreció su protección, y mandó regresar en seguida á España á los embajadores para que se esforzaran en defender su patria.

Almería los primeros golpes de la muerte, y tuvo que dejar aquel teatro de sus últimas hazañas. Deseoso de morir en su patria, partió de improviso con los suyos; y fueron los bosques del Puerto de Muradal los que recogieron su último suspiro (1). Á este desgraciado suceso debieron principalmente los almohades la toma de Almería, que les fué entregada por los cristianos después de haber estipulado seguridad para sus vidas y libertad para volver al seno de sus antiguos hogares.

Los almohades no lograron en mucho tiempo hacerse temer por no haber manifestado desde un principio todo el poder militar de que gozaban; así, al paso que fueron lentos en extender sus dominios, carecieron de fuerza moral para conservarlos sin necesidad de acudir á las armas contra los instintos rebeldes de sus enemigos. Después de la muerte de Abu-Zakarya se habían apoderado por capitulación de la ciudad de Granada; pero no habían aún traspuesto la Vega, cuando alborotándose el vecindario, se arrojó sobre la guarnición, la degolló casi por entero y dió lugar á que Ebn-Mordanisch se apoderase de la ciudad favorecido por el saheb de Segura y los cristianos. Tuvieron que pasar á sitiaria por segunda vez después del recobro de Almería, y tras numerosas escaramuzas y refriegas se vieron obligados á tomarla por asalto cubriendo las murallas de cadáveres. Y no pudieron estar aún seguros de esta ciudad los cristianos que la defendían: perecieron casi todos los vencidos; pero los jefes de los árabes rebeldes lograron fugarse entre la confusión de la pelea. Ebn-Mordanisch, llamado también Mohamed-ben-Said, era á la sazón rey de Valencia. Juntando en el mismo año la gente de guerra de Guadix, la de Almuñecar y la de las Alpujarras, se dirigió contra Granada desde la ciudad de Jaén, avasallada poco antes con su anterior ejército. No pudo llegar á ella cuando tropezó

(1) Murió este Alfonso en Fresneda en la misma frontera de Andalucía y Castilla, á 21 de Agosto de 1156.

ya en la Vega con los almohades; pero no vaciló un momento en aceptar la batalla que le presentaron. Peleó desesperadamente; y fué tanta la sangre vertida por unos y otros, que fué después conocido aquel combate con el nombre de jornada del Sabikat ó del derramamiento.

Vencieron los almohades como habían acostumbrado á vencer en campo abierto; pero no fué esta la última vez que debieron pelear contra aquel rey de Valencia. Ebn-Mordanisch se escapó á favor de la noche dejando en el campo la mayor parte de su ejército; y después de haber hecho fortificar á Jaén por uno de sus walíes, se retiró á Murcia, llamó á sus parciales, reunió cuanta gente pudo, tanto de las provincias de su jurisdicción como de las tribus árabes que vivían en la comarca de Guadix y en las Alpujarras, volvió á llamar en su auxilio á los cristianos, que le enviaron caballería selecta de Toledo, y apenas tuvo dispuestas para la guerra sus numerosas huestes, que fueron á juntarse en las lomas de Úbeda, partió para Córdoba, en cuyos llanos tuvo otra refriega tan desgraciada y tan tremenda como la de la Vega de Granada. Batiéronse en ella almohades y sublevados como tigres y leones, si hemos de creer á los cronistas árabes; pero nada pudo la desesperación de estos contra el poder de aquellos que se hicieron dueños del campo y entraron luégo en Jaén capitulando. Ebn-Mordanisch tuvo que retroceder á Murcia, dejando para otros más poderosos las campañas contra los almohades.

